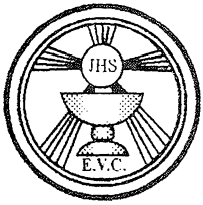
FOLLETO E.V.C. 345

Mi Iglesia es

Cristiana, Bíblica, Evangélica, Católica

Lic. Jesús Padilla Cuevas

1a. Edición 2008



"Instrucción Religiosa
y Eucaristía"

¡QUE NO LO ENGAÑEN!

Falsos profetas, lobos con piel
de oveja, van de casa en casa
diseminando errores religiosos
y cuando tocan a su puerta
usted no sabe qué pensar.

¡ESTUDIE EN SUS TIEMPOS LIBRES
Y EN SU PROPIO HOGAR!

La Sociedad EVC (El Verdadero Catolicismo) le ofrece un CURSO POR CORRESPONDENCIA de 14 lecciones: *¿qué creemos los católicos? (Dogma) *¿por qué creemos? (Apologética) *¿cómo vivimos lo que creemos? (Moral) * ¿cómo aprovechamos la riqueza infinita del Catolicismo? (Ascética)

¡INSCRÍBASE YA! Pida informes al Apdo. Postal 8707,
Col. Centro, 06000 México, D.F.
Oaxaca 53, Col. Roma, 06700 México, D.F.
Tel. y fax: 55 14 69 78
evc@evc.org.mx - www.evc.org.mx

ARQUIDIÓCESIS PRIMADA DE MÉXICO

"MI IGLESIA ES CRISTIANA,
BÍBLICA, EVANGÉLICA, CATÓLICA"
Autor: Jesús Padilla Cuevas

NIHIL OBSTAT
6 de mayo de 2008
Pbro. Lic. José Luis Guerrero
Censor Eclesiástico

"IMPRIMATUR"
19 de mayo de 2008
Mons. Guillermo Moreno Bravo
Vicario General

Mi Iglesia es

Cristiana - Bíblica - Evangélica - Católica

Iglesia Cristiana

Ante todo, mi iglesia es cristiana, porque es Cristo su fundador y diseñador. Él le dio el ser, sus características y su misión, fortalecida con sublimes facultades: «Como mi Padre me envió, así yo los envío a ustedes». (Jn. 20,21) Cristo fundó una sola Iglesia, nos heredó su doctrina, la «Buena Nueva»; sus Sacramentos, su estructura; un espíritu, unos valores sublimes y una enorme responsabilidad. Dotó a su única Iglesia de facultades divinas, como perdonar los pecados en su nombre y poder: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos», o sea, no les serán perdonados. El sacerdote se instala como juez que puede absolver o negar la absolución a quienes no cumplan con los requisitos elementales de voluntad penitencial.

Si se desconoce o rechaza el sacramento de la Confesión, ¿qué sentido tendría tan solemne facultad concedida a los apóstoles?

Otra sagrada facultad recibida del Maestro se encuentra en el mandato y poder de consagrar su Cuerpo y su Sangre: «Hagan esto en memoria mía». (Lc 22,19).

Encomendó también a los Apóstoles la gigantesca misión de pregonar su Evangelio y su mensaje, y además bautizar a toda la humanidad, misión que se encuentra muy lejos de cumplirse.

Somos cristianos porque hacemos un esfuerzo por obedecer y cumplir sus mandatos y consejos, asimilar su espíritu y criterio; pensar como Él, actuar como Él y trabajar en fortalecer su Reino en la Tierra.

Esta declaración y este empeño no significan que seamos excelentes cristianos. Al contrario, con humildad y vergüenza reconocemos nuestras limitaciones, pecados y omisiones.

La historia atestigua las graves faltas del catolicismo, faltas que no tratamos de negar ni disculpar; faltas que nos apenan y avergüenzan, e imploramos perdón a Dios y a la humanidad. De hinojos pedimos la misericordia del Señor por los pecados del mundo y principalmente de los sacerdotes, obispos y algunos romanos Pontífices.

Cristo instituyó su Iglesia entre seres humanos y no entre ángeles y serafines. Bien sabía de nuestras flaquezas y fragilidades.

Pedro el galileo, después y a pesar de sus negaciones, siguió siendo Apóstol y Jesús no dudó en escogerlo como «la roca» sobre la que fundaría su Iglesia. Así,

esta Iglesia con toda justicia debe llamarse 'cristiana', por su fundador, su doctrina, por la designación que Cristo confirió a San Pedro y a sus legítimos sucesores, hasta la actualidad. Porque creemos con fe y alegría en Cristo Redentor, Salvador, único mediador de cada uno de nosotros.

Sí, somos cristianos: hijos de la Iglesia de Cristo.

Iglesia bíblica

Pero esta Iglesia también es bíblica. ¿Cómo se supone que debe ser para que se llame 'bíblica'? Ante todo, que no contradiga en nada las líneas esenciales y radicales de la Sagrada Escritura; que su fundamento, práctica y culto sean acordes con la concepción religiosa de la Biblia; que todo el cuerpo doctrinal coincida con la enseñanza escriturística; que su liturgia, su fe, la oración, estén impregnadas del espíritu de Cristo Jesús y su Palabra.

Con toda razón y veracidad, esta Iglesia es radicalmente bíblica. Ahora que, si por 'bíblica' se quiere sugerir que es únicamente bíblica, desconociendo otras fuentes de la Revelación y de autoridad en el diario acontecer del desarrollo de su misión, habrá que precisar algunos puntos.
Ante todo, recordemos que primero existió la Iglesia con la firme y vigorosa fe en la Resurrección del Señor, la Santa Cena, la oración, la predicación entusiasta de

Apóstoles y discípulos, que hablaban de «lo que vimos y oímos»; (Jn 1,3) la acción del Espíritu Santo. Era una Iglesia viva, dinámica y conquistadora. Después vinieron los escritos de San Pablo y los Evangelios, que la Iglesia recibió con veneración y sumo respeto. Su liturgia está llena de la riqueza bíblica: la oración cotidiana, los cantos, la lectura entre los fieles, la meditación de los monjes, la contemplación de las místicos. Las catedrales, abadías y conventos recitan los salmos de David diariamente. Actualmente, aun los fieles recitan las «Horas» del breviario sacerdotal. Las Sagradas Escrituras se estudian y escudriñan más que nunca.

Una sencilla reflexión de carácter histórico, nos puede dar luz sobre este tema. ¿Cuándo se calcula que las Iglesias particulares hayan tenido disponible todo el Nuevo testamento? Hay que tener en cuenta que las transcripciones eran forzosamente manuscritas; los caminos y comunicaciones muy difíciles y hasta peligrosos. El Apocalipsis se terminó hacia el año 100. ¿Cuándo llegó a Roma la Carta a los Hebreos, y a Jerusalén la Carta a los Romanos? Ciertamente, no se tiene noticia histórica de fecha segura, pero bien se puede aventurar que las Iglesias particulares tuvieron íntegro el Nuevo Testamento hacia el año 150.

Todo ese lapso tan prolongado, la Iglesia vivió de la Tradición, de *«lo que vivimos y oímos»*.

La Iglesia primero fue cristiana y apostólica, y después bíblica. Pudo vivir y cumplir su misión sin la Biblia.

Recuerda, hermano, que de la Tradición y de la Iglesia, nació la Biblia.

Iglesia evangélica

¿Será necesario recordarle a la humanidad que la Biblia Neotestamentaria nació de la entraña de la Iglesia? Apóstoles y discípulos la engendraron con la inspiración del Espíritu Santo. Aun antes de la riqueza escrita, la Iglesia ya era evangélica, por cuanto estaba llena de la vivencia del espíritu evangélico que Apóstoles y discípulos habían asimilado directamente del Señor Jesús.

Una vez que se dispuso del texto íntegro, la Iglesia ha cuidado su fidelidad a los códices más confiables, vigila sus ediciones; denuncia y corrige las alteraciones dolosas o por descuido.

Mas también escudriña y medita sus enseñanzas, para predicarlas a sus fieles aplicándolas a la vida cotidiana, para que fecunden el pensamiento y la acción privada y pública del rebaño cristiano. Teólogos, investigadores y especialistas han realizado un fructífero estudio y aplicación del Evangelio a las necesidades y circunstancias del humano existir.

Así que no sólo se respeta y venera el texto, el libro, sino que se realiza un esfuerzo por vivir en conformidad con su espíritu, tanto en profundos estudios de teólogos, escrituristas, la jerarquía y sacerdotes, como la difusión oportuna entre los fieles cristianos.

Sí, somos evangélicos, y anhelamos serlo cada día más.

Iglesia católica

«Mi nombre es 'cristiano' y mi apellido 'católico'», se definía San Paciano, Obispo de Barcelona en el siglo IV. Este adjetivo lo que hace es resaltar algunos atributos esenciales del cristianismo, empezando por la universalidad, según el origen griego de la palabra 'católico'.

En efecto, Cristo es el Redentor y Salvador de todo ser humano; no excluye a nadie. Por consiguiente, su Iglesia es para todas las razas, pueblos y naciones, culturas, edades y categorías sociales: ricos y limosneros; niños, jóvenes y ancianos; varones y mujeres, intelectuales e ignorantes. Todos caben en el vasto hogar católico.

Es también para todos los tiempos y épocas, con sus respectivas evoluciones sociales, políticas y económicas: «Cristo ahora, ayer y siempre».

Y a pesar de la universalidad, campea la unidad de fe, de dogma y doctrina; de culto y disciplina, aceptada por todas las Iglesias particulares; unidad de autoridad en forma jerárquica, con obediencia dócil y filial en todo el organismo eclesiástico. Unidad de culto, liturgia y expresión exterior de piedad, sin excluir las variantes regionales en aspectos secundarios.

Esta unidad en la universalidad se logra gracias a la intervención del Magisterio de la Iglesia, que cuida, defiende y protege el legado de la Tradición Apostólica y la herencia doctrinal que viene desde Cristo Jesús, Pedro, Lino, Cleto, Gregorio, Urbano, León... Juan Pablo II, Benedicto XVI.

Cristo fundó **una** sola Iglesia, que es:

Cristiana.
Bíblica.
Evangélica.
Católica.
Humana y divina.

El Magisterio de la Iglesia, con la cooperación de teólogos, escrituristas, místicos y fieles, ha escudriñado las Escrituras y ha elaborado una profundización del concepto de sí misma, de 'Iglesia'.

Así, espigando en la Sagradas Escrituras y los escritos de los Padres y Doctores, nos brinda hermosas figuras de la Iglesia:
Es el redil al que se ingresa por la única puerta que es Cristo; es la grey de un solo Pastor.

Es una parcela cultivada por el Señor de la viña.

Es construcción y casa de Dios; tienda de Dios entre los hombres.

Es la esposa engalanada para el Esposo; Jerusalén de arriba, esposa del Cordero y Cuerpo Místico de Cristo.

Esta obra de Dios entre los hombres es visible, pero con savia y energía invisibles; presente en la Tierra, pero escalando continuamente hacia lo alto, a la Patria Celeste. Vive en el tiempo, pero anhelando la eternidad.

En este Pueblo de Dios, lo humano está ordenado y subordinado a lo divino; lo presente a lo futuro; la acción a la contemplación, lo visible a lo invisible. Ésta es la esposa del Señor.

Lo que vimos y oímos

Después de Pentecostés, Apóstoles y discípulos se lanzaron a cumplir el mandato del Señor: «Vayan, pues, y enseñen a toias las gentes, bautizándolas en el

nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo cuanto yo les he mandado» (Mt 28, 19-20).
Al ir a enseñar a todas las gentes, lo esencial de su mensaje fue dar a conocer a Cristo, su doctrina, sus milagros, su muerte, resurrección y ascensión a los Cielos; todo esto con la intención de comprobar que era el Mesías esperado, el prometido de Abraham, el Salvador del mundo, el Hijo de Dios.

La espera del prometido a los antiguos patriarcas y a los profetas, fue la obsesión colectiva, el anhelo vivo del pueblo israelita; esperanza debilitada angustiosamente en los infortunios y reavivada insistentemente por la voz de los profetas.

El Mesías llegó y no lo reconocieron, excepto unos pocos y sencillos pastores, y algunos extranjeros, por una gracia especial de Dios.

El pregón de los Apóstoles, discípulos y primeros cristianos, buscaba asegurar al pueblo que Jesús era el auténtico Mesías esperado durante siglos; lo comprobaban con la exposición de su vida y sus milagros, pero sobre todo con el hecho extraordinario de su resurrección gloriosa.

Tres años lo acompañaron por caminos y veredas, aldeas y ciudades, templos y sinagogas, escuchando continuamente su mensaje, presenciando sus

milagros, observando sus actitudes, sus discusiones. Tenían la mente saturada de su recuerdo, colmada de su presencia, rebosante su mente y su lengua de todo aquello *«que habían visto y oído»*.
Podemos imaginar con qué viveza y entusiasmo hablarían aquellos cristianos que vivieron la infancia de la Iglesia. Su voz, su emoción, sus gestos, la Seguridad de sus afirmaciones, la convicción de su mensaje, el vivo deseo de trasmitir su mensaje, de comunicar su fe y contagiar su alegría.

De este vivo y colorido mensaje, y de la presentación de Jesús al mundo, no había nada escrito. Cristo no escribió nada. La enseñanza estaba fincada, como lo asegura San Juan, en «lo que vimos y oímos [que] se lo anunciamos a ustedes». (I Jn 1, 3). Y eso visto y oído era mucho muchísimo, como lo atestigua el mismo San Juan: «Otras muchas cosas hizo Jesús, que si se escribieran una por una, este mundo no podría contener los libros» (Jn 21, 25).

Pues bien, eso visto y oído y que no quedó escrito; eso, es la Tradición.

La Tradición

La Revelación es la manifestación hecha por Dios de sí mismo y de su voluntad y sus intenciones. Tal manifestación es parte de un plan más amplio, destinado al bien de todos los hombres. La Revelación de suyo es pública y debe darse a conocer a otros, por el testimonio de quien la recibió.

La Revelación primeramente fue transmitida oralmente por la predicación de los Apóstoles, constituyendo la Tradición. Posteriormente fue puesta por escrito y se convirtió en la Sagrada Escritura.

El registro escrito del Nuevo Testamento es de una importancia vital para la Iglesia. Pero todo registro escrito es letra que necesita una constante interpretación y comentarios en épocas posteriores. En efecto, los escritos trasmitidos en una comunidad viva de generación en generación, van siempre acompañados de una tradición continua de entendimiento y explicación.

Es voluntad divina que su Revelación llegue a todos los hombres, por eso Jesús ordenó a sus Apóstoles y discípulos que predicaran a todas las naciones (Mt 19, 20), lo que cumplieron con la comunicación oral, con ejemplos, por la convivencia con Cristo, por sus obras, prodigios y resurrección.

Los Apóstoles nombraron como sucesores suyos a los obispos, entregándoles su propio cargo de magisterio.

La Tradición abarca recibir un legado religioso, cuerpo doctrinal, instituciones, costumbres y culto; conservar íntegro el tesoro de la fe, custodiarlo puro y transmitirlo con fidelidad, sin quitarle ni añadirle nada.

Frederic C. Grant, escritor no católico, confiesa: «Éste es el continuo milagro de la Revelación tal como llega a todos los hombres, en todas partes y en todos los tiempos».

Gracias a la Tradición sabemos qué escritos integran la Biblia, cuáles son inspirados y cuáles no, ya que la misma Biblia no indica qué libros la componen. Si no fuera por la Tradición eclesial, ni siquiera sabríamos cuál es la Sagrada Escritura.

Y hablando con histórico realismo, la Sagrada Escritura nació de la Tradición. ¿Cuál fue la fuente de los antiguos autores para escribir hechos y acontecimientos de muchos laños antes? Moisés, Josué... Todo el Nuevo Testamento se fue integrando con la memoria de los autores, testigos y fieles seguidores, como expresamente lo atestigua San Lucas:

«Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal comó nos las han trasmitido los que desde un principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente desde sus orígenes, escribírtelo por orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido» (Lc 1, 1-4).

Y al paso de los años se descubre algo muy satisfactorio: que la Tradición crece, progresa, madura y se perfecciona; no en invención de nuevas doctrinas, sino en profundización, en compresión de los contenidos, de las palabras y de los hechos narrados en la Sagrada Escritura. Esto, gracias a la investigación de los escudriñadores de la Palabra de Dios, a los místicos en oración, a la piedad de los fieles lectores con la asistencia del Espíritu Santo... Como una mina antigua en la que aún se descubren valiosas pepitas.

De hecho, hoy se cuenta con traducciones más exactas, ediciones más limpias y ayuda de ciencias auxiliares (geografía, historia...) y cada día la Biblia se comprende mejor.

Sin embargo, ni la Tradición ni el Magisterio de la Iglesia están por encima de la Escritura Sagrada; al contrario, están para servirla, resguardarla, interpretarla y transmitirla con fidelidad, tal como se recibió de los Apóstoles y obispos sucesores.

Temores

Algunos cristianos temen que se pierda la teología bíblica y se sustituya por la infalibilidad del Papa, la Tradición o la filosofía de Santo Tomás de Aquino y Aristóteles.

A decir verdad, me agrada y alegra su temor, pues manifiesta un sentido de lealtad y fidelidad a la Palabra de Dios por encima de filosofías.
Pero, hermanos, no hay nada qué temer. Todo depende de cómo se entiendan la infalibilidad, la Tradición y la filosofía.

Cuando el Papa o los Concilios definen algún dogma, no introducen nueva doctrina, sólo constatan con solemnidad que es una verdad auténtica, legítima, aceptada por la Iglesia desde sus primeros tiempos. Estas solemnes definiciones se han efectuado cuando algunas verdades han sido 'atacadas o negadas por grupos disidentes.

Teólogos y filósofos medievales llamaban a la filosofía *ancilla theologiae*, 'servidora (sirviente, esclava) de la teología'. San Agustín ahijó las ideas platónicas de suerte que lo ayudaran en la exposición del cristianismo; igualmente, Tomás de Aquino echó mano de la estructura aristotélica, usando sus categorías filosóficas, como andamios de su propia construcción. No humilló la teología o la Sagrada Escritura por la filosofía, sino se sirvió de ella pera esclarecer razonablemente los grandes contenidos de la fe.

Otras ciencias humanas, como la historia, la antropología, la geografía.y la arqueología, pueden ayudar al mejor entendimiento de los hechos bíblicos.

Nada hay que temer de la Tradición; está al servicio de la Sagrada Escritura; son hermanas gemelas y siamesas; se necesitan mutuamente. Es tan indispensable la Tradición, que aún quienes la rechazan como parte de la Revelación, poco a poco van gestando una tradición propia y particular. Rechazan la milenaria, que viene desde los Apóstoles, pero inconscientemente construyen otra particular.

En Aquel Tiempo...

Las comunicaciones terrestres en la etapa de la Iglesia primitiva eran muy lentas. Trasladarse de una ciudad a otra, requería de días o semanas, según las distancias; en cuanto a cartas, documentos y otros escritos, recuérdese que aún no existía la imprenta y todo se obtenía mediante la paciencia y largo trabajo de los amanuenses. Obtenida la copia, ¿cómo se hacía llegar a otra ciudad? La carta de San Pablo a los romanos, ¿cuándo estaría en manos de los cristianos de Corinto, Éfeso, Jerusalén o Tesalónica? Y lo mismo dígase de los demás escritos. Así que bien pueden calcularse 150 o quizá 200 años sin que la Iglesia primitiva dispusiera regularmente del Nuevo Testamento completo.

Fue la Tradición la que proporcionó el cuerpo de doctrina, el legado trascendental, el plan de salvación recibido de Jesucristo y transmitido por los Apóstoles y sus discípulos.

También es lógico suponer que, conforme iban consiguiéndose, se recibirían con veneración los diversos escritos: Evangelios, cartas de San Pablo y otros Apóstoles. ¡Pero entretanto...!

La cadena de la Tradición

Es Dios el eterno manantial de nuestra Tradición, que se perfecciona en su Hijo Jesucristo, pasa a los Apóstoles y discípulos inmediatos; a los obispos y presbíteros instituidos y nombrados por los mismos Apóstoles; a los ancianos y fieles, hasta la actualidad. La Tradición no inventa doctrinas, sino las recibe, las custodia y las trasmite con fidelidad.

Empieza en Dios

Salmo 44: «Oh, Dios, con nuestros propios. Oídos lo oímos, nos lo contaron nuestros padres, la obra que Tu hiciste en sus días, en los días antiguos».

Salmo 78, 5-7: «Él [Dios] había mandado a nuestros padres que lo comunicaran a sus hijos, que la generación siguiente lo supiera, los hijos que habían de nacer, y que éstos se alzaran y se la contaran a sus hijos, para que pusieran en Dios su confianza».

Eclo 6, 5: «No desprecies lo que cuentan los viejos, que ellos también han aprendido de sus padres».

Pasa por Jesucristo

I Cor 11, 23: «Porque yo he recibido del Señor Jesús lo que les he trasmitido».
Rom 15, 19: «De suerte que desde Jerusalén hasta Iliria, en todas direcciones he predicado el Evangelio de Cristo».

Prosigue por los Apóstoles

I Cor 15, 3 «Pues a la verdad, les he trasmitido en primer lugar lo que yo mismo he recibido»

1Tes 1, 2: «Como saben, confiados en nuestro Dios, les hemos predicado el Evangelio de Dios».

Gal 1, 18: «Pasados tres años subí a Jerusalén para conocer a Pedro, a cuyo lado permanecí quince días» (de seguro para llenarse de lo que Pedro había visto y oído).

Rom 16, 25: «...AI que puede confirmarlos según mi Evangelio y la predicación de Jesucristo» (de tal manera ha asimilado la doctrina del Maestro, que ya le llama «mi Evangelio»).

Hech 16, 4: «Conforme iban pasando por las ciudades, las iban entregando para que las observaran, las decisiones tomadas por los Apóstoles y presbíteros en Jerusalén».

I Cor 11, 2: «Los alabo porque en todas las cosas se acuerdan de mí y conservan las tradiciones tal como se las he trasmitido».
2 Tes 2, 15: «Así pues, hermanos, manténganse firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, de viva voz o por carta».

Continúa por los obispos y presbíteros

2 Tim 3, 14: «Tú, en cambio, persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste, teniendo presente de quiénes aprendiste».

1 Tim 4,6: «Si enseñas esto a los hermanos serás buen ministro de Cristo Jesús, nutrido en las palabras de la fe y de la buena doctrina que has alcanzado. Esto has de predicar y enseñar».

1Tim 6, 20: «¡Oh, Timoteo, guarda el depósito a ti confiado».

2 Tim 1, 13: «Retén la forma de las sanas doctrinas que de mí oíste, por la fe y en la caridad de
Cristo Jesús».

De los discípulos pasa a los ancianos

2 Tim 1, 1-2: «Tú pues, hijo mío, ten buen cuidado, confiado en la gracia de Cristo Jesús, y lo que de mí oíste ante muchos testigos, encomiéndalo a hombres fieles capaces de enseñar a otros»

Hay que observar la cadena: Dios, Jesucristo, Apóstoles, Timoteo, fieles capaces de enseñar a otros. En el siglo IV, el Papa Anastasio I escribe a Venerio, Obispo de Milán: «Me da muchísima alegría el hecho de que Italia mantenga íntegra la fe "enseñada por los Apóstoles y recibida de los mayores».

No sé por qué teólogos, escrituristas e historiadores se han enfrascado en una secular campaña polémica acerca de Biblia y Tradición: que sí sólo la Biblia, que si es necesaria la Tradición; que si ésta ha pretendido sustituir a la Biblia, que cuál es superior, que si es o no parte de la Revelación, que...

A mí se me ocurre que, así como Dios le dio vida a Eva del costado de Adán, así elaboró la Escritura Sagrada extraída de la Tradición, con la evidente intervención, claro está, de la inspiración divina.

Eva y Adán no fueron enemigos, desconocidos ni indiferentes; ninguno era superior al otro. Fueron compañeros y ambos responsables de una misión que les encomendó el Creador. Eva fue para el hombre una ayuda de su misma naturaleza y dignidad, semejante a él (adiutorium simile sibi). Se unieron, se amaron y juntos vivieron muchos años.

Así, Tradición y Biblia han de coexistir hermanablemente: la Tradición extiende el acta de nacimiento y personalidad a la Escritura (el Canon),

custodia su autenticidad, integridad y pureza a través de los tiempos (nihil obstat e imprimatur), y proporciona su correcta interpretación al Pueblo de Dios.

Jesucristo fundó nada más una Iglesia, y la libre interpretación ya la ha dividido y subdividido como si estuviéramos jugando a las «iglesitas».

Frederic C. Grant, escriturista no católico, opina equivocadamente: «Han pasado los días del proselitismo de las sectas de todos los tiempos, que esgrimían una docena de textos como si fueran toda la Escritura y que partieron en todas direcciones repudiando la doctrina y prácticas tradicionales de la Iglesia». Desgraciadamente, esos tiempos no han pasado y vemos por las calles a sectarios difundiendo de casa en casa sus errores.

Nada hay qué temer, la Tradición está al servicio de la Sagrada Escritura; la guarda y custodia celosamente y la transmite con fidelidad.

"El cristiano está llamado a seguir a Jesús. Cultivando una intensa amistad con Él a través de la oración y de la contemplación. Ser amigos de Cristo y dar testimonio de Él allí donde nos encontremos, exige además, el esfuerzo de ir contracorriente, recordando las palabras del Señor: 'están en el mundo pero no son del mundo' Jn.15,19. Por tanto, no tengan miedo, cuando sea necesario, de ser inconformistas".

S.S. Benedicto XVI

CÓMO NOS CONSUELA UN CRUCIFIJO

¡El Crucifijo! He aquí el gran libro de los afligidos, el libro que deberían todos consultar, leer y meditar sin cesar. Un afligido, un enfermo sin crucifijo, es como un soldado sin armas, un obrero sin herramientas.

¿Sufres viendo sufrir a un ser querido? Piensa en el encuentro de Jesús con su Santa Madre en su dolorosísima Pasión.

¿Sufres la muerte de un ser amado? Piensa en Jesús llorando la muerte de Lázaro, o perdiendo a San José.

¿Sufres la pobreza? Piensa en que el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar su cabeza.

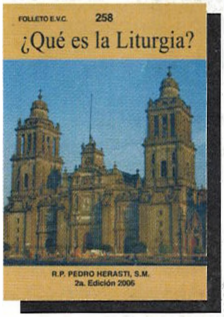
¿Sufres viendo llegar la hora de tu muerte? Pues oye a Cristo decir: +Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu+ (Lc. 23, 46)

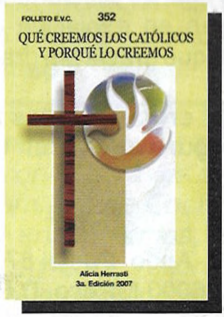
Fija tus ojos en el Crucifijo, donde el Hijo del Hombre, que no debía nada, paga por los pecados de la humanidad, y no desperdicies ni uno solo de tus sufrimientos, que unidos a los de Él, se ofrecen en expiación de los pecados del mundo. ¡Qué honor, qué gracia tan grande!

Cuelga del crucifijo todas tus penas
y ten por seguro que serán consoladas.

Sociedad EVC Apdo. Postal 8707, Col. Centro
06000 México, D.F.
Oaxaca 53, Col. Roma 06700 México, D.F.
Tel. y fax: 55 14 69 78
evc@evc.org.mx - www.evc.org.mx

FOLLETOS E.V.C. DE FORMACION FAMILIAR





Sociedad EVC Apdo. Postal 8707,
Col. Centro 06000 México, D.F.
Oaxaca 53, Col. Roma 06700 México, D.F.
Tel. y fax: 55 14 69 78 evc@evc.org.mx - www.evc.org.mx